

ENRIQUECIMIENTO O EQUIVOCIDAD: METÁFORAS DE GÉNERO EN EL DISCURSO MÉDICO-CIENTÍFICO

Llermanos, Gustavo Carlos José ^a

^a Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Córdoba

Abstract

This paper aims to address the following question-problem, referring to gender metaphors, which reads: are gender metaphors used in scientific medical discourse that ratify and deepen the conceptions of gender that already exist in socioculture or are they actually used in the scientific medical discourse? deals with scientific propositions?

Its main objective was to elucidate if the gender metaphors of the medical-scientific language are permissible and enriching or if they produce ambiguity and misunderstanding in the beliefs regarding gender stereotypes.

We also set ourselves specific objectives such as recognizing the meaning of gender metaphor as well as identifying if gender metaphors are "original" constructions of scientists or if, on the contrary, they are already installed in the socio-culture, at the that the same scientists belong.

Finally, in order to approach the specific objectives mentioned, we decided to focus on the following activities: one was to describe what the referents are when we refer to gender metaphor and the other was to compare the contents involved in the gender metaphors constructed by the scientists, with those that we later find in socioculture, both according to the text by Harding (1993) Science and Feminism.



Fecha de recepción: 19 de mayo de 2022. Fecha de aceptación: 27 de junio de 2022. *Heterocronías*. Vol. 4, N° 1B. heterocronias@gmail.com



Keywords

<culture> <society> <science> <metaphor> <gender>

Resumen

El presente trabajo pretende abordar la siguiente pregunta-problema, referida a las metáforas de género, la cual reza: ¿se utilizan en el discurso médico científico metáforas de género que ratifican y profundizan las concepciones de *género* ya existentes en la sociocultura o, en realidad, se trata de proposiciones científicas?

El objetivo principal del mismo fue elucidar si las metáforas de género del lenguaje médico-científico resultan permisibles y enriquecedoras o si producen ambigüedad y equivocidad en las creencias con respecto a los estereotipos de género.

También nos planteamos objetivos específicos tales como el de reconocer el significado de “metáfora de género” como así también, el de identificar si las metáforas de género son construcciones “originales” de los científicos o si, por el contrario, ya se encuentran instaladas en la socio- cultura, a la que los mismos científicos pertenecen.

Por último, y con el fin de acercarnos a los objetivos específicos mencionados, decidimos centrarnos en las siguientes actividades: una consistió en describir cuáles son los referentes cuando nos referimos a metáfora de género y, por otro lado, se intentó comparar los contenidos involucrados en las metáforas de género construidas por los científicos, con aquellos que luego encontramos en la socio- cultura, ambas de acuerdo con el texto de Harding (1993), *Ciencia y Feminismo*.

Palabras clave

<cultura> <sociedad> <ciencia> <metáfora> <género>

1. Introducción

En este trabajo, nos planteamos como objetivo, a partir de la lectura del texto *Ciencia y Feminismo* de Harding (1993), elucidar si las metáforas de género utilizadas en el lenguaje de los científicos impactan en las concepciones de *género* ya existentes en la socio- cultura, o si por el contrario, son en realidad afirmaciones verdaderamente de carácter científico. La razón por la cual nos proponemos este objetivo es porque consideramos que el abordaje de esta temática se encuentra ampliamente justificado debido a que las metáforas de género utilizadas por los científicos en su lenguaje pueden dar lugar en la socio- cultura a equivocidades en las creencias con respecto a los roles de los géneros. De hecho, lo hacen, a partir de caracterizar a cada uno de los mismos (género

masculino y femenino) por poseer (o no poseer), justamente, determinadas características que aparecen como “científicas” debido al uso que hacen de estas los propios científicos, lo cual implica, muy especialmente, que provienen de ámbitos tan jerarquizados socialmente como lo es el ámbito científico. Para intentar acercarnos hacia el objetivo planteado, recurrimos a metas intermedias, específicamente a la elucidación de los referentes implicados en las metáforas de género y a la identificación entre los contenidos inherentes a las metáforas de género y aquellos contenidos que hallamos habitualmente en nuestra socio- cultura. Este objetivo lo derivamos en virtud de advertir cómo determinadas concepciones, en referencia a los estereotipos de género en la socio- cultura general (estereotipos del sentido común), son utilizadas por los científicos en la construcción de sus proposiciones y afirmaciones que, no obstante, continúan apareciendo como “científicas”.

Partimos del siguiente interrogante: ¿las metáforas de género que intentamos abordar, que se utilizan en el discurso médico científico, ratifican y profundizan las concepciones de *género* ya existentes en la sociocultura; o, en realidad, se trata de proposiciones científicas? Este es derivado del impacto que han tenido las metáforas de género, enunciadas en los discursos de los científicos, en la construcción de subjetividad en los individuos de las socio- culturas, que han dado lugar a comportamientos diferenciales entre los géneros.

Intentaremos realizar una aproximación a la noción de lo que es una *metáfora*, la cual podemos definir como un género lingüístico en el cual un significante es reemplazado por otro para constituir un nuevo significado. Es decir que una metáfora consiste en el uso de las palabras en un sentido diferente al que les corresponde habitualmente, trasladando el sentido directo de un término/s a un sentido figurado, en virtud de una comparación. Así, los científicos utilizan metáforas; los modelos son una forma de metáforas, como, por ejemplo, cuando se dice que el átomo es como un sistema solar en miniatura: eso es una metáfora. Las metáforas tienen un rol constitutivo del significado de los términos de la ciencia, como el ejemplo del átomo mencionado. Esto es, operan creando significados. Dado este valor de las metáforas en el lenguaje científico es que nos importan las metáforas de género, porque, al igual que otras, constituyen sentidos. Por lo enunciado, algunas metáforas en el lenguaje científico pueden dar lugar a la producción de ambigüedad y equivocidad, tal como Harding (1993) lo plantea al referirse, específicamente, a un tipo particular de metáforas: las metáforas de género.

Harding (1993) nos dice que las metáforas de género han sido construcciones lingüísticas que provienen desde lejos en la historia humana, desde tan lejos como desde

la teoría biológica de Aristóteles (organicismo aristotélico), filósofo que asociaba la actividad con la masculinidad y la pasividad con la femineidad.

En el discurso y en los textos científicos y médicos, a partir de las características anatómicas y fisiológicas del cuerpo del varón y de la mujer, se advierte una construcción conceptual que termina sosteniendo un esquema binario a partir de los cuerpos (varón/mujer) y que, por otro lado, termina ratificando concepciones socioculturales ya existentes y establecidas e, incluso, profundizándolas (características conductuales, modos de pensar, sentir, hablar, vestir, etc., que deben corresponder a cada género). En definitiva, el discurso médico termina por definir y legitimar las construcciones culturales en cuanto a los atributos que ya definen y van a definir la femineidad y la masculinidad desde su campo profesional. En este sentido, el lenguaje científico revela claramente creencias sociales compartidas y, en tanto proviene de las palabras de los científicos, consideradas como “autorizadas” (se suele escuchar muy a menudo “*esto que les voy a informar ha sido comprobado científicamente*”, a la manera de una proposición dogmática, que no puede ser negada), ratifican y perpetúan dichas creencias con relación a lo que debe ser adscripto (como un “deber ser”) a cada género. Más aún, en la ratificación se relega a ciertos grupos a un estatuto de inferioridad, trastorno, enfermedad, etc., puesto que no pueden ser ingresados en alguna de las categorías (categoría binaria) de género (varón/mujer); así se sostiene la configuración sesgada y reducida de los mismos en la socio- cultura. Es así como Foucault (1980) menciona que los niños que se masturbaban, los homosexuales y las mujeres históricas eran considerados objeto de examen científico en los siglos XVIII, XIX y hasta bien entrado el siglo XX. Estas ideas confirman y ratifican, lo que el mismo Foucault (1980) manifiesta: el cuerpo es “producido” por el poder y debe ser disciplinado en algún sentido. Rubin (1975) plantea que en esta noción cultural se consideraba “sana” la heterosexualidad obligatoria, el matrimonio y la división del trabajo según el género al que socioculturalmente se pertenecía.

El género (como construcción cultural) conforma, a su vez, la identidad sexual, identidad que es pensada como correspondiente a una de las dos categorías (binarismo) de cuerpos (de mujer y de varón). En este sentido, Butler (2007) nos dice que se parte de un dimorfismo físico que se considera complementario y heterosexual de los cuerpos, al igual que como Foucault menciona que la reglamentación binaria del sexo, sexualidad, la identidad sexual y del género eliminan así la multiplicidad subversiva que es vivenciada como degenerativa y por esto, peligrosa (Foucault citado en Butler, 2007).

Las metáforas de género utilizadas en el lenguaje médico-científico reafirman los comentarios de Harding (1993) cuando dice que las aspiraciones y los deseos humanos no están ausentes en los científicos cuando construyen sus teorías, proposiciones, afirmaciones, principios, etc. Es decir que, como Jordanova (1980) expresa, el simbolismo de género en la cultura aporta recursos a la ciencia (la imaginaria sexual está presente en los actores médico-científicos, pero también los estereotipos de los roles sexuales están insertos en el lenguaje médico-científico); de este modo, los prejuicios, ideologías y puntos de vista cotidianos y naturalizados (esto es, nunca cuestionados) “impregnan” los pensamientos y el trabajo de los científicos.

Harding (1993) plantea que la ciencia ha prefigurado las formas modernas del simbolismo de género, puesto que la historia de la biología y de la medicina revelan usos de simbolismo de género, por ejemplo, sumado al ya mencionado en Aristóteles, los pensadores de la Ilustración nunca desligaron los roles sociales de las mujeres y varones de sus diferencias anatómo-fisiológicas.

Además, Harding (1993) indica que la consecuencia de toda esta construcción discursiva (uso de metáforas a partir de las características físicas y el estar imbuidos por la cultura en lo referente a los simbolismos de género), ha conducido a modelos falsos y simplificados de la naturaleza y de la investigación, que atribuyeron relaciones (en virtud de la analogía que permiten las metáforas) muchas veces jerárquicas, allí donde no corresponden ni son necesarias; y que dieron significados sexistas diferenciados (a partir del sexo anatómo- fisiológico) en referencia a cada género, lo cual es expresado en sus discursos.

El hecho de que el discurso científico esté impregnado de las concepciones socio-culturales, refleja, tal como Hubbard (1979) menciona, que las prácticas científicas son construcciones también culturales que, mientras, van elaborando descripciones del mundo físico.

En definitiva, en las identidades, conductas, roles, prácticas, deseos (de género y sexuales) termina habiendo muy poco de lo genético, hormonal, genital y de las diferencias sexuales necesarias para el proceso reproductivo etc., puesto que las internalizaciones que realizan los sujetos a lo largo de su vida, a partir de lo socio- cultural, se producen también, y simultáneamente, con la construcción de los géneros. A partir de ese mismo proceso de socialización e internalización de la cultura, nuestras identidades sociales van indisolublemente ligadas a nuestras identidades sexuales.

El discurso científico ha constituido un sistema sexo-género sin considerar que, parafraseando a Simone de Beauvoir (1953), “la mujer se hace”, pero... el varón también.

Creemos que nuestro objetivo principal se infiere de lo expuesto.

Marañón (1951; Marañón citado en Burgos Ortega, 2001) plantea que estas diferencias entre los sexos (siempre considerados de forma exclusivamente dicotómica) surgían, según sus estudios, de diferencias estrictamente biológicas, específicamente, de la teoría de las secreciones internas y de la diferenciación sexual. Por lo cual define los sexos por características diferenciales y opuestas que se establecían a partir de los órganos genitales y por la sexualización orgánica diferencial dada por las hormonas producidas por las gónadas, los testículos y ovarios, estableciendo a partir de esta concepción las diferencias de género. Ratificando esto, y como Fausto-Sterling (2006) expresa, Marañón asocia las diferencias de género socio- culturales al sistema endocrino y a sus productos, las hormonas. Castejón Bolea (2013) considera que esta concepción se encuentra arraigada en un verdadero esencialismo biológico.

Por otra parte, Van de Velde (1953) informa que el hecho de establecer analogías entre el comportamiento del espermatozoide -el cual penetra el óvulo- asociado a la agresividad, la posición “activa”, etc., con el considerado físicamente “varón”; y el comportamiento del óvulo, identificado como pasivo, esperando que llegue la célula que lo complete, con la considerada físicamente “mujer”, deriva del comportamiento que tenían que tener en la cultura los considerados “varones” y las consideradas “mujeres”.

2. El modo en que operan las metáforas de género

En este apartado, me propongo dar cuenta de qué significado, qué sentido poseen las metáforas de género cuando son utilizadas por la comunidad científica; en definitiva, qué es lo que se oculta detrás del uso (aparentemente inocente, sin consecuencias y “científico”) de las metáforas de género al ser utilizadas por la comunidad científica, como también ejemplificar algunas de las varias metáforas de género utilizadas comúnmente en el lenguaje (y, por ende, en el discurso de los científicos).

En este sentido, Fox Keller (2000) informa que el lenguaje metafórico de los científicos no es inocente, sino que genera efectos; es decir, que influencia a otros seres humanos dándoles justificativos “científicos” para sostener las diferencias entre géneros y, así, los estereotipos y desigualdades.

De este modo, muchas de las metáforas de género en la bibliografía y en el discurso científico-médico, parten, por ejemplo, de la descripción de los procesos que llevan a la fecundación del óvulo por el espermatozoide en el cuerpo de la mujer, veamos algunas:

Metáfora del óvulo pasivo: Wassarman (1988) refiere que la zona pellúcida del óvulo posee una proteína, la ZP3 que es la denomina “molécula receptora del esperma”, que da una cualidad pasiva al óvulo del cuerpo de la mujer. En la cultura, el estereotipo es que el género femenino es pasivo, espera que le llegue algo.

O esta otra, de Rayner (1985) y Pérez Sanz (1998). Ellos refieren también al óvulo como elemento pasivo y al espermatozoide como activo: el óvulo es un elemento pasivo que es llevado por las trompas de Falopio hacia la zona de implantación en el útero, para que no se pierda en algún lugar del abdomen, pues se sabe de la escasa capacidad de orientación que tiene el género femenino. Por el contrario, y ahora referido a la conducta del espermatozoide, Pérez Sanz (1998) informa que los espermatozoides son vivaces y activos, porque ascienden a través del mucus cervical y del útero; añade que un solo espermatozoide consigue penetrar el óvulo ya que son veloces, potentes, porque nadan contra la corriente.

Si bien podríamos continuar enumerando y ejemplificando metáforas de género en el discurso científico, creemos que las mencionadas resultan suficientes para dar cuenta de la importancia que estas adquieren en la construcción de subjetividad en los individuos de una socio- cultura determinada, cuando se halla “*expuesta*” al discurso metafórico “*científico*”. Por lo tanto, consideramos que, en este punto del desarrollo, ya podemos, a partir de lo escrito, aventurar algunas conclusiones: se adscriben características a entidades biológicas a partir de estereotipos de género ya instalados en la socio- cultura (la propia cultura científica impregnada de los estereotipos de género ya instalados en el sentido común); se construyen subjetividades con respecto a los estereotipos de género (que van a formar parte del sentido común) a partir del discurso metafórico de género de los científicos (carácter no inocente del uso de las metáforas de género). En definitiva, se trata de un sistema científico-cultural general que se retroalimenta positivamente.

Por supuesto, las metáforas utilizadas por los científicos y mencionadas “*ut supra*”, no resultan, ni remotamente, las únicas; continúan habiendo otras. Como ejemplos a este respecto, también aparecen las metáforas construidas a partir de la descripción del ciclo menstrual como un fracaso, que es un desperdicio de óvulos en cada ciclo, pues solo uno tiene la posibilidad de ser fecundado. Sin embargo, no se utiliza el mismo término (desperdicio) o razonamiento cuando se habla de los espermatozoides que se pierden en

cada eyaculación (pues solamente uno generalmente es el que fecunda al óvulo). Así, Rayner (1985) informa que los textos médicos presentan la formación de millones de espermatozoides, hasta 200 millones cada veinticuatro horas 24 horas, como un gran proceso de producción, a pesar de que uno (y solo uno) de esos millones llega a fecundar al ovocito (aquí el término desperdicio no aparece). Tiene lugar, entonces, por medio del uso de la metáfora, la adscripción al género masculino del creador, el productor; en tanto, al femenino, solo adscribe la capacidad de reproducir.

Otra de las metáforas que, en este caso, Martin (1991) menciona, es la que tiene que ver con la que podríamos denominar “metáfora de la menstruación”: el ciclo femenino es visto como una empresa productiva (o más bien reproductiva). Los textos médicos describen a la menstruación como los “restos” que quedan y se expulsan del revestimiento del útero, entonces se considera que el ciclo fracasó, puesto que la menstruación es indicador de que la reproducción no ocurrió; los textos médicos la describen como una desintegración caótica de la forma, cesamiento, muerte, pérdida, algo “*que se expulsa*”. Es justamente el término utilizado, este es “fracaso”, el que lleva a pensar, más que en un término médico, en uno utilizado en el mundo empresarial, en el cual el “fracaso” hace referencia a una falta de producción, de ventas, de ganancias, etc., Es como si la mujer, por medio de su cuerpo, funcionara exclusivamente como un ser que está para producir hijos al varón y reproducir la especie. Por el contrario, la actividad espermática es descrita como extraordinaria por su renovación permanente, (producir millones de espermatozoides) penetrar el óvulo, pero en ningún caso se habla del “*desperdicio*” de espermatozoides, cuando en realidad solo uno llegará a fecundar al óvulo.

También, por su parte, Alberts, Bruce, et al. (1994) afirman, en su texto de Biología de la célula, que la ovogénesis es un desperdicio.

A su vez, Schatten y Schatten informan que el espermatozoide y el óvulo se tocan por primera vez cuando, de la punta de la cabeza triangular de espermatozoide se dispara un fino filamento que arponea el óvulo (Schatten y Schatten citados por Martin, 1991). Y continúan con esta otra, que mencionan como la “Metáfora de la bella durmiente”: el óvulo es como una novia dormida que espera el beso mágico de su pareja que le infundirá el espíritu que le dará vida (Schatten y Schatten citados por Martin, 1991).

Otra metáfora que le adscribe un rol diferente al género femenino y que Tuana (1993) nos informa es la denominada “Metáfora de la vampiresa devoradora”: en esta metáfora la zona pellúcida del óvulo se convertía en una cazadora agresiva de espermatozoides, cubierta de moléculas agresivas que pueden capturarlo de golpe y

pegarlo a la superficie. Aquí el estereotipo tiene que ver con otro tipo de género femenino, el de la “mala mujer” que se aprovecha de los varones, agresiva y peligrosa, que busca su dinero, esto se advierte en frases tales como: “*esa chica no te conviene, anda con uno, con otro*”, “*que va a ser la esposa, es la amante, la hembra, solo se aprovecha de él, de ese tonto*” etc., refiere en el estereotipo a una mujer que busca solo placer sexual y dinero de parte del alguien perteneciente al género masculino.

Por su parte, Van de Velde (1953) afirma que se pueden establecer analogías y semejanzas entre el comportamiento del espermatozoide -el cual penetra el óvulo, se mueve, es activo, etc.- y la agresividad; en tanto que el óvulo es una entidad pasiva, que “espera” que llegue el que le complete. Estas características asignadas (entre tantas otras) al varón y a la mujer (diferentes y opuestas) ya son adscriptas, aun antes de que el autor las mencionara, al comportamiento que se considera debían tener en la socio- cultura los considerados “varones” y las consideradas “mujeres”.

Con respecto a los referentes en las metáforas de género producidas por el discurso médico-científico, podemos decir que son fundamentalmente dos. Uno hace referencia a las características y propiedades físicas, orgánicas, estructurales y fisiológicas, en relación con los cuerpos de varón y mujer; y otro que, a partir de los conceptos y proposiciones referidas a lo anterior, trascenderán al ámbito sociocultural y tendrán como referente a ciertas cualidades de los sujetos (en tanto cualidades diferenciadas en el sujeto-varón y el sujeto-mujer) que ratificarán y fortalecerán estereotipos de género en la socio-cultura y que, a su vez, terminarán por fortalecer las relaciones jerárquicas y de poder en favor del varón y en detrimento de la mujer. Es decir que, partiendo de características corporales enunciadas en la forma de afirmaciones, proposiciones, juicios, etc., se construyen otros enunciados (sorprendentemente, tomados también como “*científicos*”); las metáforas de género, que no aluden, ni tienen como referente a lo físico masculino y femenino, sino que se trasladan a las cualidades que deben tener los géneros (solo dos debido a la concepción binaria respecto al mismo). Se esperan, a partir de esto, ciertos comportamientos (formas de actuar, hablar e incluso sentir y pensar) acordes con esas cualidades atribuidas al sujeto varón, diferentes y opuestas a las del sujeto-mujer, que serán consideradas como normales (un deber ser) y naturalizadas (no cuestionadas). Así, se escucha con demasiada frecuencia decir: la mujer es (o deber ser) sumisa, tiene que permanecer en silencio o, aquel otro que se escucha, por el contrario, que son charlatanas, que su fuerza es menor, por lo cual siempre hay que cuidarla, protegerla, etc., y, por el contrario, haciendo referencia al varón, que este posee mayor masa muscular y, como

consecuencia, más fuerza (aspectos físicos incuestionables en términos generales), por lo cual sus cualidades como sujeto deben estar “acordes” con esas cualidades físicas, por lo tanto, se espera que sea “el protector”, “el que lleve los pantalones en la casa”, el proveedor material, en tanto se espera de la mujer un rol diferente y opuesto. De esta manera, por ejemplo, la mujer debe cuidar no solo de lo que se “*le provee*” (por parte del varón), de los hijos, etc., sino también “*del proveedor*”.

También nos habíamos planteado, como objetivo para la realización de este trabajo, identificar si las construcciones discursivas de los científicos son genuinas en ellos, o si bien ya se encuentran arraigadas en las formas de pensar, actuar y decir -en definitiva, en las conductas y comportamientos- de varones y mujeres en la socio- cultura, aún antes de que algún científico las postule (a las metáforas de género) como “*científicas*”. Consideramos que esto último no es así puesto que las metáforas de género construidas desde la ciencia ya están incorporadas a la sociocultura a la cual los científicos mismos pertenecen, lo más que puede ocurrir es que las terminen ratificando, “*verificando*”, dándoles tintes científicos o bien incorporando, agregando, otras proposiciones que profundicen y ahonden aún más las desigualdades de género entre varones y mujeres, siempre en favor del primero y en detrimento de la segunda -con respecto a las jerarquías de poder-.

Podríamos decir, en este sentido, que los discursos médico-científicos imitan a la vida y que la vida (de una socio- cultura, por supuesto) se “nutre” de desigualdades de género a partir de los enunciados “*científicos*”. Se trata, consideramos, de un sistema (en virtud que la institución científica constituye una subcultura dentro de otra cultura más amplia que la incluye) que se retroalimenta positivamente, un *feed back* o servomecanismo que funciona positivamente; por supuesto, ya no físico, sino de discursos y enunciados “*científicos*” que construyen, como Foucault (1980) menciona, subjetividades y disciplinan, de una forma diferenciada, los cuerpos y los comportamientos del varón y la mujer a partir de creencias, certezas, convicciones, etc. en torno a las supuestas diferencias en la forma en que “*deben ser*” los varones y las mujeres. A esto, se suma la internalización y el modo de afectivizar esas creencias, determinando en los sujetos conductas en virtud de la eficacia simbólica que aquellas poseen; en definitiva, construyendo así los estereotipos socioculturales a partir de los cuales se seguirán conductas, en virtud (como ya lo mencionamos) de la eficacia simbólica que poseen las creencias, en donde ya no importará si son verdaderas o falsas puesto que el devenir de la propia sociocultura las naturalizará (como así también las conductas de los sujetos). Es decir, ya no se planteará ningún

cuestionamiento, crítica o duda con respecto a si debería ser de otra manera o si resulta correcta que sea como está siendo, puesto que los postulados han surgido del ámbito científico. Lo que se sigue respecto a esto es que el varón y la mujer, se van “*construyendo*” en la y desde la socio- cultura de modo diferenciado, debiendo tener, cada uno de ellos, ciertos comportamientos observables (e incluso en lo no observable, tal como los modos de pensar y sentir) y no otros, hacer ciertas cosas y no otras, decir ciertas cosas y no otras. Con respecto a esto último, resulta común escuchar que la mujer es más sensible y que, en cambio, el varón es o tiene que ser más duro, más resistente, que no deben notarse sus sentimientos o emociones (“*el hombre no debe llorar*”). Todo a partir de discursos “científicos” enunciados por científicos, difundidos por los medios de comunicación masivos como “*verdades*” incuestionables, por ejemplo, la frase muy escuchada ...“*Esto, de lo cual vamos a hablar hoy o lo que les vamos a mostrar hoy ha sido corroborado, ratificado por la ciencia o...es científico*”. A partir de lo mencionado, queda entonces claro, como de Beauvoir (1953) dice que los modos de pensar, sentir, las conductas, comportamientos, etc., esperados por la demás, tanto en el varón como en la mujer, son diferenciados y que los mismos se construyen socioculturalmente.

Podemos establecer incluso relaciones con otro tipo de reproducciones en lo social, al igual que las que generan los discursos científicos con sus metáforas de género, que terminan reproduciendo, ratificando y fortaleciendo los estereotipos socioculturales de género; como, por ejemplo, lo hacen los sistemas educativos que terminan reafirmando, ratificando y profundizando las desigualdades sociales. Tal como Bourdieu (2007) lo plantea cuando afirma que los sistemas educativos terminan ahondando las diferencias de capital (cultural, simbólico, económico, social, etc.) entre los distintos sujetos que concurren a los mismos, llevando este mecanismo a la reproducción y profundización de las desigualdades sociales por medio de la permanencia de algunos o expulsión de otros del mencionado sistema.

Cuando Alberts, Bruce, et al. (1994) afirman, en su texto de Biología de la célula, que la *ovogénesis* es un desperdicio, vuelve a aparecer esto de la desvalorización del cuerpo femenino, lo cual, llamativamente, se traslada a lo socio- cultural: la mujer es desvalorizada, estando ahí para reproducir, ser madre, cuidar su prole y atender al productor (el perteneciente al género “varón”). La desvalorización sociocultural de la mujer se puede históricamente rastrear hasta los comienzos de la humanidad. Estos autores describen otra metáfora en relación con la misma temática, que es la denominada “metáfora militar”: los espermatozoides tienen la misión de “*asaltar*” el óvulo, “*conquistarlo*”, para lo

cual tienen que sortear peligros (mucus cervical, acidez vaginal, oscuridad, etc.) y donde prácticamente todos (excepto uno) no sobrevivirán, solo uno “*obtendrá la recompensa*”. El género femenino aparece aquí como un botín a obtener por medio del robo, puesto que es asaltado, invadido, siendo una recompensa si lo logra para el género masculino. La metáfora guerrera (o militar) va bien para sostener el estereotipo sociocultural de género femenino pasivo y frágil como, por otra parte, también para sostener el masculino (conquistador, sobreviviente y triunfador).

Por su parte, cuando Schatten y Schatten informan que el espermatozoide y el óvulo se tocan por primera vez cuando, de la punta de la cabeza triangular de espermatozoide se dispara un fino filamento que arponea el óvulo (Schatten y Schatten citados por Martin, 1991). Se sigue usando aquí la metáfora del espermatozoide agresivo, puesto que el arpón es un arma que, como mínimo, hiera. Culturalmente, la idea estereotipada es que el perteneciente al género masculino es quien penetra, puede herir; de hecho, lo hace, en la mujer que aún no ha tenido relaciones sexuales. ¿Por qué no utilizar solo el término “filamento” sin aludir a la acción de un arpón (arponear)? Estos mismos autores mencionan la “Metáfora de la bella durmiente”, según la cual el óvulo es como una novia dormida que espera el beso mágico de su pareja que le infundirá el espíritu que le dará vida (Schatten y Schatten citados por Martin, 1991). De esto se sigue, en el estereotipo cultural, que la mujer solo adquiere la “verdadera” vida (podríamos decir) cuando se casa (con alguien perteneciente al género masculino por supuesto) y tiene hijos (mujer reproductora y cuidadora de la prole) y que, si no, no tiene vida (o, al menos, no tiene la vida social que correspondería con el estereotipo sociocultural). De no resultar así, la mujer es la que se quedará “para vestir santos”; por ejemplo, en la letra del tango “*Nunca tuvo novio*”, ella es descripta como “*pobrecita, te has quedado sin ilusión y sin fe*”.]

3. Conclusiones

Considero que no se puede llegar a entender adecuadamente el desarrollo de las actividades realizadas por los científicos sin prestar atención a las metáforas de género por el impacto que estas tienen en la formación de los valores, los propósitos y los objetivos que la actividad científica implica. Por otra parte, las atribuciones que en nuestra sociocultura hacemos al género resultan consistentes con las ideas y concepciones del mundo de las personas que construyen proposiciones y afirmaciones científicas, puesto que estas mismas personas las incluyen en las afirmaciones a la que ellos dan lugar. De

esta manera, contribuyen a incorporarlas en la sociocultura como “*hechos probados científicamente*”, amén de la influencia que tiene en esta incorporación la carga de autoridad que facilita en mucho su aceptación sociocultural, debido al ámbito desde donde proviene (el ámbito científico). Es decir que las metáforas utilizadas en este ámbito no solo son construcciones a partir de los resultados obtenidos de las prácticas de los científicos, sino que tienen importantes consecuencias socioculturales que quedan naturalizadas, invisibilizadas (pero no neutralizadas), no cuestionadas, tan arraigadas que parecen obvias en el sentido de que “*tiene que ser así*” (así como lo “*dicen*” los científicos). Es decir que tiene lugar un razonamiento enmarcado en la linealidad, que ubica, por medio del uso de un lenguaje técnico-científico, en un lugar de superioridad a la propia experiencia y a la actividad científica (lo cual da lugar a una comunicación operativa). Por otra parte, la eficacia de estas metáforas en la socio- cultura depende, también, de las convenciones sociales ya compartidas y vigentes en la misma. Creo que su peor consecuencia es que ciertos tipos de metáforas pueden, en tanto incorporadas en el pensar, sentir y actuar de una socio-cultura, relegar a ciertos grupos a un estatuto de inferioridad, mientras que, a otros, por el contrario, les confiere uno de superioridad -tanto en jerarquía como en poder-.”

Finalmente, podemos afirmar que las metáforas de género construidas por medio del lenguaje científico y por los científicos, a partir de diferencias estructurales y fisiológicas entre los cuerpos del varón y de la mujer, terminan legitimando y justificando concepciones en la socio- cultura (en virtud de la autoridad de la que provienen), como así también ratificando lo ya instalado convencionalmente, de algún modo, en la misma. Es así como se va dando lugar a un proceso de segmentación social (dicotomía y oposición de los géneros) y se va instaurando un proceso de verticalidad; esto es, en una palabra, un discurso autorizado (el de los científicos) hacia aquellos que “no saben”.

Considero que las metáforas de género utilizadas en el discurso científico (si bien el discurso metafórico no es un discurso científico, sino más bien uno digno de un poeta, novelista o literato) terminan sosteniendo en la cultura ciertos estereotipos de género a partir de un discurso que proviene de un lugar de poder, jerarquizado socialmente, que es el ámbito científico. Las metáforas aluden, por medio de la comparación, por semejanza o analogía, directamente a los géneros. Por ejemplo: decir que el óvulo es pasivo porque recibe y hacer una analogía con la idea de que la mujer por tener óvulos es (o debe ser) pasiva en la vida social y, por otro lado, afirmar que el espermatozoide da -o que es "activo"- y que, por ende, el varón da (o debe darle) a la mujer, etc., son discursos que actúan como sostenedores, ratificadores y profundizadores de los estereotipos en relación a los géneros.

Por ejemplo, decir que el óvulo es pasivo con respecto al espermatozoide hace que el término "pasivo" se utilice en un sentido metafórico y que se extienda a la subjetividad de los individuos (connotación psicológica), dado que decir que el sujeto es un sujeto "pasivo" puede entenderse como que no es motivado, que no posee deseos ni voluntad. Estas cualidades también pueden ser interpretadas desde una perspectiva ético-moral como un conjunto de cualidades negativas inherentes al sujeto y esto posee consecuencias como, por ejemplo, la posibilidad de estigmatización del mismo. Por lo tanto, para evitar estas connotaciones, se debe evitar el término "pasivo". Además, desde ningún punto de vista se puede considerar que el óvulo tiene un comportamiento pasivo, tal como lo muestran los últimos avances científicos.

Al decir que el óvulo es pasivo y el espermatozoide activo, ellos mismos pueden hacer la referencia a las características de género, expresando así su ideología con respecto a la temática, y esa ideología, por hallarse ya en la propia cultura científica, se extiende, por medio del proceso de divulgación, a las personas en general, ratificando, afianzando lo que los sujetos ya piensan, o bien produciendo un tipo de subjetividad en los mismos (forma de pensar, interpretar las cuestiones de género). En este último caso, el discurso de los científicos actúa produciendo subjetividad. Las proposiciones científicas deben ceñir sus explicaciones, al referir sus términos o significarlos, a cuestiones estrictamente biológicas, físicas, ambientales, etc., sin establecer conexiones, analogías ni semejanzas con cuestiones culturales (como, por ejemplo, los estereotipos de género).

Referencias bibliográficas

- Alberts, Bruce, et al. (1994). *Molecular Biology of the cell*, Nueva York: Garland.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*, Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Burgos Ortega, I. (2001). "Gregorio Marañón sexo, trabajo y deporte", *Ágora para la Educación Física y el Deporte* vol. 1, pp 97-102.

- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica S.A.
- Castejón Bolea, R. (2013). "Marañón y la identidad sexual: biología, sexualidad y género en la España de la década de 1920". *Arbor* vol.189, p 2.
- De Beauvoir, S. (1953). *The Second Sex*, Nueva York: Knopf.
- Fox Keller, E. (2000). *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial SRL.
- Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados*, Barcelona: Melusina.
- Foucault, M. (1980). *A history of sexuality Vol. 1: An introduction*, Nueva York: Random House.
- Harding, S. G. (1993). *Ciencia y Feminismo*, New York: Cornell University Press.
- Hubbard, R. (1979). "Have Only Men Evolved?", en Hubbard, Henifin, Fried (et al.) (eds.), *Biological Woman: The Convenient Myth*. Cambridge, Mass.: Schenkman.
- Jordanova, L. J. (1980). "Natural Facts: A Historical Perspective on Science and Sexuality" en McCormick y Strathern (eds.), *Nature, Culture and Gender*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Marañón, G. (1951). *Ensayos sobre la vida sexual*, Madrid: Espasa Calpe.
- Martin E., (1991) "The egg and the sperm: how science has constructed a romance based on stereotypical male-female roles", *Signs* vol. 16, pp 485-501.
- Pérez Sanz, P. (1998). *La quinta libertad. Guía de métodos anticonceptivos*, Madrid: Ed. Pirámide.
- Rayner, C. (1985). *El Cuerpo Humano*, Barcelona: Orbis.
- Rubin, G. (1975). "The traffic in women: notes on the political economy on sex", en Rayna, Rapp, Reiter (eds.), *Toward an Anthropology of women*, Nueva York: Monthly Review Press.
- Tuana, N. (1993). *The Less Noble Sex Scientific. Religious and Philosophical conceptions of Woman's Nature*, Bloomington: Indiana University Press.
- Van de Velde, T. (1953). *Atracción y aversión en el matrimonio*, Buenos Aires: Claridad.
- Wassarman, P. M. (1988). "Fertilization in mammals", *Scientific American* vol. 259, pp 78-84.

GUSTAVO CARLOS JOSÉ LLERMANOS

gustavo.llermanos@unc.edu.ar

Nació y reside en la Provincia de Córdoba, Departamento Capital. Es Médico Cirujano, Licenciado en Kinesiología y Fisioterapia, Psicología y Profesor de Psicología, todos expedidos por la UNC. Posee tres especialidades Psiquiatría, Medicina del deporte y Nutrición Médica, expedidas por la UNC y el Consejo de Médicos de la Provincia de Córdoba. Se desempeñó como Docente Adscripto en la Cátedra B de Problemas Epistemológicos de la Psicología desde abril del año 2.020 hasta el mismo mes del 2.022. Dedicó sus estudios a la Terapia cognitivo-conductual, Psicofarmacología y Filosofía de la mente.